

ARRABAL EN LA TORRE DE MARFIL

FERNANDO GONZALEZ

CUANDO llego con cierto retraso al suntuoso "hall" del hotel Princesa Plaza de Madrid, me dicen que Fernando Arrabal no podrá recibirme. El día anterior en los salones de Mayte, durante la presentación de sus dos libros, "Carta al general Franco" y "Carta a los militantes del Partido Comunista", hablamos acordado "hablar largamente, mañana por la mañana". Llego tarde y Arrabal acusa, en sus inimaginables ojos azules —azul Melilla en días de Levante suave, apunto mentalmente—, la molestia que le produce mi impuntualidad. "Yo soy puntual, muy puntual", aclara.

En los salones de Mayte, la noche anterior se da cita toda la derecha y la izquierda chismosa, toda la gazmoñería voluble de la nueva sociedad española. Hay un Paco Nieva de terno crema pálido —como los hacendados cubanos de principios de siglo— con pañoleta amarilla anudada "al descuido", un José Luis Castillo Puche abúlico, un Fernando Díaz-Plaja que bosteza sobre sus pecados capitales, un Antonio D. Olanco que reparte invitaciones de Fuerza Nueva para la corrida "en El Escorial el X8 de julio". Una Pilar Trenas de odalisca, en bermellón, una Carmen Conde que recuerda sus días melillenses con Arrabal, un José Mario Armero hablador. Arrabal penetra vestido de ceremonia —caftan corto en diversos colores— precedido por el equipo de Ediciones Actuales. Dos técnicos y una excelente "relacionadora pública". Oficia, en primer lugar, Nieva, que admira a Arrabal, "aunque no comparto todos sus puntos de vista". Después Carmen Conde, los poetas son bien recibidos en su tierra, salvo en España. Finalmente, Arrabal, antifranquista, anticomunista, antitodo-lo-que-signifique-adaptarse. Le tiembla algo la voz. "Mañana a las nueve", acordamos. "Sí, a las nueve". Llego tarde al Princesa Plaza, el tráfico, ya sabes. Arrabal insiste: "Soy puntual, muy puntual".

Esta mañana va de calle. Con una camiseta caftan dominada por una descomunal estrella o rosa de los vientos que le ocupa parte del pecho. "¿Es sería una entrevista así, con retraso?" pregunta. Es muy serio, aseguro. Está molesto históricamente con TRIUNFO. Aclara que, durante el franquismo, se ha portado mejor con él "ABC". Intento, en un principio, disuadirle. Le recuerdo la carta publicada en este sema-

nario en tiempos difíciles, las críticas a la presentación en París de su película. "No —insista—, fue mejor el 'ABC'". Entro en sospechas de que Arrabal desconoce la realidad española. El entra, a su vez, en sospechas de que yo sospecho. "Hay comisarios políticos en vuestra revista", explica. Yo repaso fugazmente la lista de la Redacción, no recuerdo a ninguno. Niego. "¡Sí —insiste—; tenéis comisarios políticos". En el espacioso "hall" entran y salen turistas, mármoles, moquetas, música de fondo.

—¿Hubieses sido alguien —le pregunto— sin haber existido Franco?

Nos sentamos, sonrío entre embarazado, tímido y humorístico. Sonríe él, sonrío yo, sonrío, circunstancialmente, la "relacionadora pública" de Ediciones Actuales, del grupo Z. Rompe la sonrisa un agente de Avis que viene a entregar las llaves de un 132 a Arrabal. Sonreímos de nuevo.

—Creo —dice pausadamente— que si no hubiese existido Franco tú no habrías podido hacerme esta pregunta. Esta pregunta que solamente se me hace en España, es posible que no me la hicieras. Esto indica que es la pregunta que tiene que hacer la persona que fue informada por el antiguo régimen. Si estuvieses simplemente informado sabrías que mi obra dramática comienza en el extranjero, en mil novecientos cincuenta y siete.

—Lo sé —apunto, sin que parezca hacerme caso.

... no es culpa tuya, simplemente mi biografía ha sido silenciada, hasta el año setenta y uno no toqué el tema de España...

Intento explicarle que fue precisamente TRIUNFO; a través de una crónica de Ramón Chao, la primera publicación que trató del tema. Inútil.

... nadie se ha preocupado, durante años de saber si yo era o no era franquista. Mi comportamiento respecto a Franco creo que más bien ha tenido inconvenientes que ventajas. En el extranjero el público mundial tiene mayor simpatía a los autores de derechas, desde la Unión Soviética hasta el cono Sur de América. Oponerse a Franco nunca puede ser una ventaja.

—Ah, ¿es que tú eres un escritor de izquierdas?

(Silencio tenso. Sonreímos. Silencio y llamadas desde los altavoces de recepción: "Mister Thompson, please, mister Thompson, please".)

—Yo no soy un hombre político.

—Perdona, has hablado de escritores de derechas, por tanto habrá que suponer que también los hay de izquierdas.

—Yo soy... si en España llamamos de izquierda al programa del Partido Comunista, yo soy un escritor de derechas. Es decir, de derechas opuesto al programa del Partido Comunista, que me parece de derecha. Deseo una sociedad justa, con salarios iguales, una sociedad internacional, con libertad. Con relación al Partido Comunista soy un hombre de izquierda. Esta terminología "izquierda o derecha" es un invento, por cierto, de la derecha. Son terminologías que me van mal, yo soy un enamorado de la libertad...

—Uno también —intento apostillar.

... me apasiona la libertad, la poesía y el amor. La justicia. La igualdad. En ese sentido soy un hombre de izquierda. El Partido Comunista de España o Francia tienen actitudes parecidas a lo que era en Francia la antigua Acción Francesa, aquella organización reaccionaria...

—Observo que tratas insistentemente el tema del Partido Comunista y da la impresión de que te has pasado de un enemigo a otro, de Franco al PCE.

—No, digo el Partido Comunista como podría decir cualquier otro...

—Ya sé que ha salido por casualidad; no obstante, das la impresión de que siempre necesitas un enemigo. Te has buscado siempre un enemigo, diría rentable. Estoy hablando sin ninguna agresividad personal, ya que me pareces muy simpático.

—Ya lo sé.

—¿Es que te buscas un nuevo enemigo porque eso vende más?

—Me parece minimizar. Si no supiera la cordialidad con que tratas la pregunta en sí podría ser injuriosa. Se trata de que soy un enamorado de la libertad y estoy impresionado por los ataques a la libertad últimos que veo. Los ataques a la libertad que veía en los años setenta eran del franquismo. Entonces el Partido Comunista era un partido microscópico y no tenía por qué preocuparme de él. Ahora, las cosas han cambiado, y el PCE me parece una amenaza. Me parece una amenaza a pesar de los riesgos que pudiera comportar esta denuncia...

—¡Hombre!, los riesgos y las ventajas...

—¿Qué ventajas?
—Ser anticomunista desde una posible óptica de izquierda, pero apoyado por la derecha, tiene ventajas, al menos económicas. Conste que no estoy defendiendo al PCE de las acusaciones que le haces; supongo que los comunistas ya sabrán defenderse. Pero no me negarás que la tuya es además una postura comercial...

—No, no..., no.
—Recientemente el diario "El Alcázar", del que te recomiendo su lectura, recogía un interesante artículo del fascista rumano Vintila Horia —acusado de crímenes de guerra en su país— en el que hablaba muy elogiosamente de ti, e incluso explicaba que habías salido de España, cuando tu detención por blasfemo, por mediación de él, a través de una petición de tu editor Christian Bourgois. Horia había hecho unas gestiones ante sus amigos franquistas para tu libertad. Esta alabanza que hace de ti, tanto la extrema derecha como la derecha institucional y parlamentaria, ¿no crees que lo hace en función de tu anticomunismo?

—Te diría como Machado, la verdad es la verdad, la diga Agamenón o la portera; yo digo la verdad y es la verdad, la diga "El Alcázar", lo diga Arrabal o la diga Breshnev. Si "El Alcázar" dice que Inglaterra es una isla, yo, como soy un enamorado de la verdad, aunque esa verdad proteja y defienda a la derecha, tendré que decir que es cierta. Si la verdad es inoportuna, la mentira será oportuna. A mí me da la impresión que los dirigentes del Partido Comunista tienen sus manos manchadas de sangre y no son dignos de dirigir a otros hombres. Quiero que me digan que me equivoqué cuando afirmo que el partido que más crímenes ha cometido en la Historia sin llegar al poder. Espero que me digan: "Usted se equivoca", para hacer una nota en las próximas ediciones de "Carta a los militantes del Partido Comunista".

—Bueno, eso será un problema del Partido Comunista trato de explicar. Nada, embalado en su esquema, Arrabal se desborda por los mullidos butacones del "hall" del Princesa Plaza.

... siempre se me dice que lo que yo digo coincide con lo que dice "El Alcázar" o el obispo de Fátima, y yo digo, si eso es verdad, ¿a mí qué me importa? Usted —hay un cambio en el tratamiento que me deja perplejo— ha leído lo de Vintila Horia cuando



Fernando Arrabal: "Se trata de que soy un enamorado de la libertad".

me alaba, pero no ha leído cuando dice que soy un pomógrafo y un antipatriota...

—Si lo he leído, pero eso considero que es lo que debería pensar la derecha de un hombre que hace teatro de vanguardia y declara que cree en una sociedad internacional, lo que me extrañó fue la alabanza, precisamente por golpear a la burguesía y al comunismo al mismo tiempo, teóricamente una posición fascista, nada más que teóricamente...

—Si fueras del Partido Comunista —dice recuperando el tuteo— no me harías esas preguntas ni estaríamos hablando aquí...

—El PCE puede no responder tus ataques evitando la publicidad y la polémica en la que estás tan interesado, y eso puede perjudicarte comercialmente.

(Silencio, un silencio receloso. Los altavoces llaman esta vez a señor Granollers a la cabina telefónica. El silencio está plagado de sonrisas, apenas esbozadas. Y alguna intentona de finalizar el diálogo.)

—Mi obra está fuera de toda apreciación política —asegura Arrabal.

—Cierto, no estoy discutiendo aquí tu valor teatral o poético, allá los críticos, me refiero a ese otro valor, renombre mundial, publicitario que podría estar manipulado, comercializado...

—González, su pregunta es peligrosa —explica atrincherándose en una fórmula de tratamiento ceremonioso—; es una tentativa de poner una barrera a lo que yo digo con un proceso de intencionalidad. Es un proceso que me haces que tiene su origen en España, en la Inquisición, aunque tú no lo sepas. No busques cuál sería mi intención, porque me podrías dar todas, podría ser un

personaje avieso pagado por la CIA, con intereses comerciales. Debes preocuparte si lo que dije un día sobre Franco fue cierto, si lo que digo sobre el PCE es cierto. Hacemos una profesión microscópica los escritores, microscópica y anacrónica, por eso enternecedora. Yo no tengo nada que ganar o que perder. Cuando atacé a Franco y fui difamado, no gané nada.

—Yo creo que si has ganado, te has ganado una popularidad mundial.

—Tú no sabes lo que han dicho de mí los comunistas en la prensa catalana: "Arrabal vende anticomunismo". Cosas infamantes para ellos.

—Insisto en que no soy comunista, ni, desde luego, anticomunista, y, por tanto, no te hago ese proceso del que hablas, desde una óptica de defensa del PCE. Pero si tú haces anticomunismo parecería lógico que los comunistas lo expliquen...

—Yo les replicaría que hacer antianarquismo, porque yo soy anarquista, es hacer fascismo.

—Volvamos al proceso del que hablas. No intento hacerte un proceso de intenciones, sino de posibles manipulaciones por el sistema, en el que tú, muy posiblemente, participas inocentemente. Existe una asimilación por parte de cierta derecha; ¿crees que las estructuras de la prensa durante el franquismo utilizaban todos los medios para combatir a la oposición?

—Sí, eso sí.

—Las estructuras son las mismas. Ahora, toda postura ácrata es ensalzada en la prensa, en la misma que antes rechazaba la democracia. Está en manos de los mismos que estaban en la

época de Franco; ¿no será, digo yo, que ahora los ácratas los son útiles?

(Corto, pero muy explicativo silencio.)

—Mira, a mí me parece que la única utilidad del escritor, del poeta... porque yo, más que ácrata soy poeta, mi aspiración es ser poeta. La aspiración del poeta, digo, es estar en su torre de marfil, aislado totalmente, y decir lo que ve en torno, contar lo que ve, sin temor a lo que ocurra. Todos estos problemas que me presentas son circunstanciales...

—¡Ah, ya!, tú eres un gurú al uso. Estás por encima del bien y del mal, te sientas en tu trono y pontificas: "Aquello es bueno, esto es malo". "Yo estoy en mi torre de marfil". Denuncias pero no "te mojas el culo"...

—¿Cómo que no me "mojo el culo"? ¿A qué le llamas tú "mojarse el culo"?

—A comprometerse en los problemas de cada día, no puedes ponerte en postura de pequeño dios.

—Mi casa de París tiene que estar vigilada, cuando firmo libros lo hago con protección policial, ¿te parece poco "mojarse el culo"? No soy ningún legionario. Sigues haciéndome un sistemático proceso de intención. Quiero que me expliques por qué el señor Carrillo mandó matar a Trilla de una puñalada o si el señor Carrillo fue el que ordenó que mataran en Paracuellos del Jarama...

—Eso no te lo puedo responder yo, tendría que ser el señor Carrillo. En cuanto a lo de Paracuellos, se ha ventilado ampliamente en la prensa —mientras tú aún seguías fuera de España—, y ahora nadie liga a Carrillo a Paracuellos, salvo en algún acto de Fuerza Nueva; de todas maneras, te

repito que no soy un abogado defensor del PCE...

—Estás en un error. En el Parlamento, cuando habla Carrillo, hay una voz que dice: "Paracuellos del Jarama", porque ese caso todavía no está resuelto, necesita un esclarecimiento. En Toulouse hay una asociación de viudas de comunistas asesinados por Carrillo. Están llenos de sangre todos los dirigentes del PCE...

—Bien si lo que pretendes es hacer un juicio histórico, podría ser una postura aceptable, pero en ese caso habría que revisar toda la actitud de las muertes de la FAI, la CNT, la UGT, el PSOE, la FET y de las JONS, del Carlismo Tradicionalista, de los de la CEDA, reconvertidos en franquistas, de los militares de los dos bandos, del franquismo de posguerra, del maquis de las fuerzas de represión, de los paseos fascistas, de las represalias rojas, un gran juicio a una época, lo que parece algo difícil. Sino, acusar al PCE simplemente me parece táctica. ¿Por qué pretendes sólo un proceso a Carrillo? ¿Será porque eso está más de moda, porque Carrillo es un hombre con fama de hábil, de vivaracho, en la política actual y eso vende más?

—Estás comparando lo incomparable. El secretario general del PSOE no está complicado en la sangre de la guerra civil, como Carrillo.

—Naturalmente, Felipe González, tú y yo no estuvimos, por edad, en la guerra.

Se trata de crímenes tan espantosos como el asesinato de Trotsky, de Nin, no hay comparación con nadie en el mundo...

Arrabal se levanta, pasea nervioso. Murmura algo de sus quehaceres. La charla ha tomado un cariz tenso. Hemos pasado del tú al usted, de nuevo al tuteo, finalmente al diálogo de pie. Hace referencia, de nuevo, a los "comisarios políticos" de TRIUNFO, al estalinismo característico del semanario. Insiste en que "ABC" ha sido su protector en el franquismo. Toma las llaves del coche, se aleja por el inmenso "hall" del Princesa Plaza, remachando lo del "comisariado político", habla de chekas. Yo voy, con el equipo de Z a tomar un café al bar. Hay un silencio resignado. Lentamente recuperamos la realidad. Me hablan de que los libros se venden bien, la carta a Franco y "la de los comunistas" ha alcanzado en estos momentos casi el cincuenta por ciento de las ventas. "Es difícil de promocionar", comentan.

Sale uno con la vaga impresión de que Arrabal juega infantilmente, poéticamente, con la vida. Sale uno con la impresión de que todo es un juego y de que, los españoles de dentro, los que hemos estado en las últimas décadas aquí, somos viejos, muy viejos, de antes de la guerra. El poeta, mientras tanto, arranca en su 132 camino, al parecer, de Toledo. "Iré a visitar el Alcázar", comenta alguien irónicamente. Irá. ■